

El amor en los tiempos del coma

Anacalú Mariné



Capítulo 1

El amor en los tiempos del coma

Cuando la bella durmiente despertó, tenía casi cincuenta años. No supo exactamente su edad hasta pasadas unas horas. Al ir tomando conciencia sintió como si en realidad hubieran transcurrido varias décadas. Lo primero que vio fueron sus manos, quizá en un reflejo instintivo de reconocerse, verse a sí misma, aunque fuera esa parte de su cuerpo. Avejentadas, arrugadas, marchitas, como si una abundante lluvia las hubiese ahogado de un momento a otro. Los huesos asomaban hasta casi translucirse su color.

No recordaba tener pecas en su blanca piel. Ahora el tono de ésta era casi transparente. Se translucían sus venas, verdes y azules.

Se sintió asqueada ante esa visión parcial de sí misma. Y horrorizada. En un segundo se materializó el pensamiento de cómo se vería su rostro si así estaban sus manos.

Quiso hablar y no pudo. Un leve ronquido emitieron sus vetustas cuerdas vocales. Notó que su corazón se comenzó a agitar. Al bajar sus ojos se percató que estaba vestida con un camisón blanco y, dentro de él, se hallaba desnuda. Se sonrojó al preguntarse quién se estaría encargando de ella, puesto que sola no podría estar en esas condiciones, evaluando que se encontraba aseada, en un ambiente higienizado, con temperatura agradable y soleado. Su cama, o más bien cama ortopédica, se encontraba al lado de una amplia ventana que en ese momento estaba entornada, por lo que sentía la brisa cálida, quizá del verano pensó. Este entorno la calmó y se sintió cuidada, aunque sola.

Se preguntaba si habría alguien fuera de esa habitación, porque allí, sin lugar a dudas, estaba sola. Era una estancia simple: aparte de su cama solo había una pequeña mesa portátil con inyectables, frascos, algodones, camisones limpios; una silla reclinable a su izquierda, con la huella aún patente en el asiento. Quien se estaba haciendo cargo de ella posiblemente fuera una persona rellenita porque el asiento estaba abultado y arrugado.

Intentó recordar algo sobre sí misma. O sobre su vida. Pero la sensación de desconcierto le impedía asir recuerdos. Tenía la leve impresión de que algo había quedado inconcluso. Como si estuviese mirando una película y se hubiese detenido la imagen, quedando todo blanco, sin haber llegado al

final. Justo en el momento crucial de la trama.

Se tocó el dedo índice de su mano derecha. No sabía por qué pero sentía que algo encontraría allí, quizá una pista de su estado actual. Sí, allí estaba. Una cicatriz redonda, negra, muestra de que antaño había costado cicatrizar. Recordó haberse pinchado con la aguja de una rueca. Se estremeció al sentir nuevamente el dolor. Aún habiendo pasado tanto tiempo, como suponía, se sentía movilizada por el recuerdo de ese momento traumático.

Es verdad.

Rememoró haber caído en un profundo sueño, o en términos médicos y menos romántico, en estado de coma, al haberse incrustado en su dedo una aguja herrumbrada de una rueca, en el museo de Antigüedades de la Edad Media. Había ido sola, en el día de su decimosexto cumpleaños, para encontrar inspiración para un relato que conmemorara esa fecha tan especial para ella. No pudo contener la tentación de tocar esa herramienta que se la describía como "La rueca del cuento de la Bella Durmiente del Bosque". Previo a ello había querido probar bocado de la manzana, supuestamente envenenada, de "Blancanieves y los siete enanitos" pero todavía había gente rondando el museo y se sintió cohibida.

Estaban cerrando el recinto cuando se sintió maravillada ante el antiguo instrumento para hilar. Sintió que el cuento era real. Que la magia se hacía presente en ese preciso instante. Escuchó un leve sonido que provenía de la ventana y una especie de fuerza la atrajo hacia la rueca. Su dedo debía tocar esa aguja. Un hechizo se apoderó de ella con tal intensidad que el tiempo pareció detenerse. Recordaba que ese momento lo vivió en cámara lenta. Se fue acercando poco a poco a la vieja herramienta, en puntas de pie, intentando traspasar el cordón de seguridad, haciendo equilibrio para no caerse. Si el cuento mágico que sus padres le habían contado de pequeña era real, ella debería sumirse en un profundo sueño y sería rescatada por un príncipe, devolviéndole la conciencia con su beso. El beso de su primer amor. Ansiaba creer en esa magia. Deseaba con todas sus fuerzas encontrar ese amor apasionado. Si para ello debía herirse, exponerse a una sangrante carne tajada, a la posibilidad de entrar en un estado comatoso por una infección generalizada, lo haría. Así de intensa y arriesgada era. No solo por ser adolescente, siempre fue así, loca, inquieta. O insoportable según su madre. A ella le gustaba definirse como vital, arriesgada, salvaje.

Qué triste se sentía ahora al tomar conciencia de que no había encontrado su amor. Se había expuesto a perder su vida y, su deseo amoroso, no se había visto correspondido. Perdió años de su vida en un estado de limbo sin que valiera la pena. Porque en su mente no venían imágenes de príncipes azules que con un fogoso beso la rescataran de su sueño. Recién había despertado pero sola, porque sentía que algo la molestaba. Una

picazón, un leve dolor de cabeza, una rigidez en los hombros. Vaya uno a saber después de haber estado años postrada en una cama.

Más que triste ahora se sentía enojada. Se sentía rabiosa, iracunda. Impotente. Se reprochó a sí misma haber sido tan inocente. Haberse creído ese viejo cuento de hadas. Sobre todo haberse creído el cuento del amor verdadero. Eso es algo que ella sabía perfectamente que no existía. Sus padres se habían divorciado cuando tenía apenas tres años. Una punzada de dolor se hizo presente en su garganta, en su pecho. Un dolor viejo, antiguo pero actual. Podía tener las manos de una vieja, huesudas y manchadas, pero en su interior aún era la misma adolescente, aquella que aún no había cerrado su herida ante la desilusión del mundo entero, ante la pérdida de la unión de sus padres. Justo cuando estaba poniendo a prueba el amor de ambos, estos decidieron cortar el vínculo. Y para colmo esta distancia no era solo sentimental. Su padre se mudó, o exilió, para España, donde ahora recordaba que había visitado el museo; y ella y su madre se quedaron en Argentina.

Se angustió al preguntarse por sus padres. Qué habría sido de ellos. En dónde estarían. Continuarían con vida, se preguntó. Si ella era vieja entonces sus padres quizá no le hubiesen sobrevivido. ¿Y en donde estaría ella? La vista que evidenciaba la ventana ¿correspondería a una ciudad de Argentina o España?

Se inquietó y removió en el camastro. Crujió y aprovechó para acomodarse. Se sentía cansada de estar en esa posición. Tenía ganas de desconectarse el suero sujeto a su mano izquierda e incorporarse.

Intentó hacerlo.

Esa cama sonaba como si le faltara aceite. Sin saber por qué se incomodó ante la posibilidad de que apareciera alguien e intentara reprimirle su deseo de incorporarse a la vida. Pero no se detuvo. Siguió esforzándose hasta que lo logró.

Se sentó en la cama, bajando las piernas y permitiendo que colgaran puesto que era una cama alta, sostenida sobre largos caños que terminaban en ruedas de metal. Quizá esto facilitaba su transporte hacia otras zonas de la casa, quizá en las distintas estaciones del año, por el frío o iluminación.

Sintió como si todos sus órganos internos se reacomodaran para seguir funcionando. Algún sonido de líquidos fluyendo en su estómago, algún crujido en sus vértebras, un suave y corto movimiento de articulaciones para que todo encaje, una vez más, en su lugar. Se imaginaba a sí misma como un robot fuera de circulación queriendo reincorporarse a sus tareas

habituales, como si el tiempo no hubiese pasado.

Se apoyó con sus manos en la cama y se impulsó para ir tocando, poco a poco, el suelo con sus pies descalzos. El frío de ese sostén le hizo estremecerse y apretar sus brazos hacia su tronco. Se dio cuenta que tenía ganas de orinar. Se preguntó como habría hecho la persona que la cuidaría para atender a esta necesidad fisiológica, porque no tenía pañal ni ropa interior puesta. Buscó con la vista algún orinal pero no lo halló. Contuvo las ganas y se hizo de fuerzas para continuar la marcha. Sus piernas temblaban y se mareó. Se detuvo unos segundos sosteniéndose con fuerza a la silla de su cuidador, o cuidadora.

No era un simple mareo. Esto era vértigo. Una sensación absoluta de falta de equilibrio.

Respiró tranquila y hondamente para recomponerse. De a poco se fue sintiendo más centrada, fortalecida, y decidió retomar el camino emprendido. Sabía que debía encontrar un espejo. Antes eso que encontrarse con alguien. Le urgía verse para poder constatar que seguía siendo ella y que estaba viva, que no era un sueño.

Iba recorriendo la habitación con paso lento y fijando la vista en cada detalle. Paredes blancas. Una sola ventana al lado de la cama. Cortinas blancas. Un botiquín de primeros auxilios. Un celular.

No hay espejos. No hay muebles.

Frustrada continúa su búsqueda en esa habitación estéril. Sentimientos encontrados se van apoderando de ella. Ansía ver su imagen, descubrirse ante su nuevo rostro, pero a su vez la embarga una sensación de angustia, mezclada con temor, de no reconocerse, de no querer saberse vieja.

La asustó terriblemente esa palabra.

Vieja.

Ella estaba convencida que nunca sería vieja.

Desde chica se convenció que iba a ser inmortal, siempre iba a permanecer joven, nunca vería en si misma una sola arruga, ni una sola cana en su cabello. Pero la piel de sus manos y sus pies le revelaban la cruda realidad. Era vieja. Era una vieja que había perdido los mejores años de su vida. Era una vieja que seguía siendo niña, porque para ella, hasta ayer, era solo una chica de 16 años. Era una vieja sin memoria. Era una vieja sola, sin familia. Era una vieja solitaria, no había encontrado el

amor de su vida. Era una vieja de mierda en definitiva.

Ahora se sentía desanimada, decaída y malhumorada. Se daba cuenta que era una vieja que iba dando pasos de bebé hacia un espejo cruel, tan cruel como aquel que vio en el museo de Antigüedades de la Edad Media, el que pertenecía a la bruja, o en mejores términos, madrastra, de Blancanieves. Solo que cuando se enfrentara a este espejo no podría reclamarle, increparle ni cuestionarle nada. Este espejo no será mágico, será real, verdadero, y su imagen será la más verdadera de todas. No le mentirá ni intentará disfrazarle la realidad. Será como la fase del espejo en que le denuncia a la madrastra que la más bella es Blancanieves, y por supuesto, la más joven. Esa es la parte que más le dolía, recordar que hay juventud pero no en ella. Su momento de ser joven había pasado y sin estar ella presente.

A lo lejos, después de un pasillo, divisaba otra habitación. También blanca y simple como la anterior. Se arriesgo a continuar con su recorrido. El pasillo era ciego, no tenía ventanas, pero sí un cartel próximo a su puerta.

Se fue acercando, poco a poco, y enfocando la vista, pues el paso del tiempo no había sido en vano tampoco para sus ojos, a pesar de que no los había utilizado en tantos años. Destello tras destello fue visualizando las letras: imprentas y mayúsculas. Una flecha azul indicaba hacia la entrada de la misma. Resultaba evidente que su habitación estaba designada para ser de fácil reconocimiento. Se sorprendió al leer: "La Bella Durmiente".

No entendió.

Pensó. Recapacitó. Siguió sin entender. Quizá fuera algún código interno de aquel lugar.

Siguió caminando a ritmo lento, apoyándose de vez en cuando en las paredes. Sus pasos eran silenciosos porque el piso era de cerámica. No sabía si estaba sola o si habría más personas en ese lugar. No escuchaba tampoco ruidos que le pudieran indicar la presencia de otras personas.

Llegó hasta el umbral de la siguiente habitación y se detuvo. Antes de asomarse optó por respirar, tranquilizarse, detener por un momento sus pensamientos para así afrontar esa nueva realidad.

Primero apoyó sus manos apenas tocando el umbral sin puerta. Esto le daba fuerzas para continuar dando pasos. De a poco fue asomando su rostro por el costado libre. Evaluó que todo estaba tranquilo, sin rastros de gente.

Dio un paso firme y entró en la habitación. Una leve brisa le refrescó el rostro. Divisó no muy lejos de allí la ventana abierta, de par en par, que aireaba e iluminaba ese espacio.

Se fue arrimando con discreción y viendo que había otro camastro, como el de ella, próximo a esa ventana. No lograba ver quién estaba allí porque estaba de espaldas a ella.

Su corazón no paraba de galopar en su pecho. Por momentos confundía el sonido de sus latidos con los pasos de alguien. Pero su curiosidad era mayor. No podía detenerse ahora que estaba tan cerca. Quizá la persona que allí reposaba supiera donde habría un espejo y así había logrado su objetivo.

Se acercó a la cama por detrás y se percató que la silla del cuidador, o cuidadora, de esta persona no guardaba huella visible de nadie.

Vio su mano blanca, huesuda, venosa, llena de cables, caños, suero, anestesia quizá. Era una mano de largos dedos finos, suaves, delicados. Quiso tocarla para recordar cómo se sentía el calor de otra piel.

Esa mano no era vieja como la suya. Era una mano joven, fresca a pesar de su extrema delgadez, lo que reflejaba una evidente anorexia.

Al acercarse vio el bello rostro de una mujer joven. No era adolescente, sí una joven. Bella y blanca como la nieve, con el largo cabello negro como el azabache. Un lazo rojo coronaba su frente.

En un segundo que desafiaba la temporalidad las fichas cayeron al unísono, rearmando el rompecabezas de su memoria. Se dio cuenta que aquella era Blancanieves.

Y ella, la Bella Durmiente.

Su corazón retomó un nuevo palpar. Energía renovada, sincera, audaz. Un galope interior de valentía y urgencia se apoderó de ella.

Qué importaba ahora el espejo si había encontrado el amor de su vida, y como una vez alguien le susurró al oído: el corazón de uno tiene la edad de aquel, o aquella, en cuyos brazos amanece.